CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

DIEZ ESCENAS DE LA PASION DE CRISTO

Link a YouTube https://www.youtube.com/watch?v=5MN9Ih4-vm0

Una reflexión sobre diez escenas de la Pasión de Jesucristo. Es como una explicación que nos ayude después a vivir el Vía Crucis.

Las 14 estaciones tradicionales del Vía Crucis, no sé si lo sabéis, pero fueron formuladas por un tal San Leonardo de Porto Mauricio, un fraile capuchino italiano del siglo XVIII. El Papa en el año 1750 las aprobó como la versión digamos oficial, del Vía Crucis.

Hay que decir que en esas 14 estaciones que eligió San Leonardo, algunas de ellas no son bíblicas, o sea, están añadidas por la devoción popular. Las tres caídas de Jesús, por ejemplo, que en los Evangelios no vienen. El episodio de la Verónica, que la Verónica enjuga el rostro de Jesús. Yo me acuerdo que siendo pequeño estaría tan asumido lo de la Verónica que el día que descubrí que la Verónica no estaba en los Evangelios un me llevé una sorpresa. Como que la Verónica no está en los Evangelios? Bueno, fue una sorpresa para mí. Entonces hay algunas escenas del Vía Crucis que han sido añadidas por la devoción popular.

Luego, en el año 1991, San Juan Pablo II hizo una versión de un Vía Crucis más plenamente bíblico, con escenas plenamente bíblicas, que se puede también ofrecer o rezar alternativamente. Todo esto es una pequeña introducción para deciros que si uno lee la Pasión de Jesucristo, ¿cuáles son las escenas claves fundamentales, los episodios fundamentales de la Pasión de Jesucristo? Yo me atrevería a resumirlos en diez. Hay diez escenas, pasajes que resumen perfectamente lo que es la Pasión de Jesucristo.

Y vamos a ellos. El primero, la Última Cena. La Pasión comienza en la Ultima Cena. Jesús instituye la Eucaristía y lava los pies de sus discípulos. Podíamos decir que la Última Cena es como una radiografía de la fotografía posterior, de lo que va de lo que va acontecer. Sí, porque Jesús adelanta a la víspera lo que sacramentalmente va a hacer en el monte Calvario. Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Esta es mi sangre que será derramada por vosotros.

¿Por qué es tan importante el episodio de la Eucaristía de la Última Cena para entender la Pasión de Jesús? Bueno, porque el hecho de que Jesús antes de ser apresado y antes de ser llevado a la muerte, diga, "Este es mi cuerpo que se entrega, esta es mi sangre que se derrama, subraya al máximo que Jesús está entregando voluntariamente su vida". Hay un pasaje en el Evangelio de San Juan en el que esto lo lleva al culmen

cuando dice Jesús: "A mí nadie me quita la vida, soy yo el que la entrego voluntariamente". Entonces la Eucaristía subraya la entrega de Jesús. Jesús para esto ha venido, para darse, para entregarse. Por lo tanto, cada vez que nos acercamos al misterio de la Pasión de Jesús, tenemos que recordar que Jesús se nos da, se nos entrega. Jesús es víctima, sí. Desde el punto de vista de los hechos históricos, claro que a Jesús le han matado. Le han matado ya. Pero más allá de los hechos históricos, Jesús está dando la vida. Está dando la vida, ¿no? Y eso, por cierto, es para nosotros una lección, porque alguno en un momento de su vida puede decir, "me están matando". Y El podría decir: “Bueno, ¿y si doy la vida ya de paso?” Si te están matando, pues igual sería el momento de dar tu vida, ¿no? No limitarte meramente a padecer, sino hacer de tu vida una ofrenda. Bien, ese es el primer episodio, el episodio de la Ultima Cena.

El segundo, la oración en Getsemaní y la agonía de Jesús. Jesús ora con angustia en el huerto de Getsemaní. Algunos piensan, algunos hacen una reflexión de que el hecho de que Jesucristo supiese que Él iba a resucitar, supone que la Pasión de Jesús, fue en el fondo un poco un cierto teatro, ¿no? Porque tú sabes que después de lo que acontece vas a resucitar. Y la manera en la que acontece el momento de la angustia de Getsemaní deja eso bien claro, que la presencia de Jesús, el hecho de que Él supiese el plan del Padre, no le ahorró a Jesús ni un solo gramo de sufrimiento, suda sangre.

La experiencia de la máxima angustia de llegar a sudar sangre nos deja patente el peso que Jesús sintió sobre sus hombros. Él ha soportado el peso de todos los pecados del mundo. Quizás la prueba mayor que vivió Jesús ya no fue únicamente el sufrimiento físico, sino ese peso que él experimentó porque era consciente de los pecados de la humanidad. Y esa prueba máxima que Jesús experimenta en ese momento, cuando Satanás, en ese momento de Getsemaní, vuelve a la carga…. vuelve a la carga. Recordad que después de las tentaciones del desierto, cuando el demonio fue vencido, el Evangelio dice, "Y Satanás se retiró, se retiró hasta otro momento propicio". Ese otro momento propicio, sin duda alguna, por encima de todo, es Getsemaní, cuando Satanás intenta llevar adelante esa tentación mesiánica, en la que le quiere sugerir a Jesús: "¿Para qué va a servir tu vida? Mira cuántas almas no te van a seguir, no te van a hacer caso, van a ser indiferentes, van a rechazar tu mensaje”. En ese momento el peso de Jesús, el peso que él experimenta, es un peso que nosotros a nos cuesta atisbarlo, nos cuesta asomarnos a lo que está ocurriendo en el corazón de Jesucristo. Esa es la segunda escena de la Pasión.

La tercera, el arresto de Jesús. Judas traiciona a Jesús con un beso y Jesús es capturado por los soldados. Una frase que a mí siempre me ha cautivado, es la frase de Jesús que dice, cuando van a detenerle. En el momento del prendimiento Jesús dice: "Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos". Es una frase que obviamente no tiene muchas dimensiones en las que puede ser entendido y recibido por nosotros. Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos. Es decir, Jesús está teniendo una entrega vicaria. Se entrega en vez nuestro. Jesús es aquel que entrega su vida en vez mío. Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos.

Y creo que en ese momento del arresto de Jesús sobre todo, tenemos que reflexionar en lo que supuso para Jesús la traición de Judas. La traición de Judas. ¿Qué es lo que más nos suele doler en esta vida? Lo que más nos suele doler en esta vida es el fuego amigo. Pues eso, que los que se suponen que son los tuyos te traicionen, ¿no? Como

aquel que decía, cuerpo a tierra que vienen los míos. Suele ocurrir eso, que resulta que la gente que se supone que tenía que estar detrás tuyo, pues llega un momento en que uno experimenta la traición y eso es lo más duro, ¿no? De hecho, hay un salmo, el salmo 54, que dice, "Si mi enemigo me injuriase, lo aguantaría. Si mi adversario se alzase contra mí, bueno, me escondería de él, pero es que eres tú, mi compañero, mi amigo, mi confidente, a quien me unía una dulce intimidad. Por eso creo que en este pasaje, el pasaje de la de la traición de Judas, tenemos que darnos cuenta de lo que es la amistad traicionada, lo que a Jesús le duele la traición de la amistad.

La encíclica Dilexsit Nos habla del triple amor de Jesucristo. Es curioso. Yo no había reflexionado nunca sobre eso hasta que no lo he leído en la encíclica. Habla del triple amor de Jesucristo. Jesús tiene un amor sensible, tiene un amor espiritual porque tiene un alma humana y tiene un amor divino porque él es eterno, es divino, son como tres niveles. Pero claro, a veces nos olvidamos de que Jesús también tiene un amor sensible como verdadero hombre que es, tiene también sensibilidad humana. Y la sensibilidad humana sufre especialmente en el momento de la de la traición.

Cuarta escena. La cuarta escena es el juicio ante el Sanedrín. Jesús es juzgado por los sumos sacerdotes y es acusado de blasfemia. El momento clave es cuando el sumo sacerdote le dice a Jesús: "Te conjuro por el Dios vivo a que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios". Y Jesús no lo duda, dice: "Tú lo has dicho, Soy yo. Más aún verás al Hijo del Hombre bajar desde el Cielo". Es decir, el momento cumbre por el que a Jesús se le lleva a la muerte es la confesión de su divinidad. La confesión de la divinidad de Jesucristo es la que le lleva a dar la vida, ¿no? Y es un pasaje muy importante para que todos nosotros nos demos cuenta de que la confesión de la fe es algo central en nuestra vida. Cuando Jesús te dice: "¿Y tú quién dices que soy yo? ¿Y tú quién dices que soy yo?" Entonces, tú estás llamado a no avergonzarme y a confesar tu fe en Jesucristo delante del mundo. Y a veces, puede ocurrir perfectamente que a la hora de confesar nuestra fe, estemos mirando a la de la derecha y a la izquierda a ver quién está cerca para ver un poco cómo está la cosa, ¿no? Dice, bueno, es que bendecir la mesa en un sitio y en otro puede ser un poquito distinto. No, la confesión de la fe delante de los demás. Te conjuro por el Dios vivo que nos digas,¿ eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo? Y el Evangelio nos dice: "Al que me confiese a mí delante de los hombres, también yo le confesaré delante del Padre".

Quinta escena, el juicio ante Pilato y Herodes. La escena anterior es el juicio ante el Sanedrín, que se le llama el juicio religioso. Ahora viene, digamos, el juicio civil, El juicio ante Pilato y Herodes. Pilato no encuentra culpa en Jesús, pero cede por la presión popular. Cede, es impresionante lo que acontece en el corazón de Pilato, que hay una lucha, lucha entre la luz y las tinieblas. Es curioso, pero de una manera bastante explícita se dice en el Evangelio que Pilato buscaba la forma de soltar a Jesús, que no tenía interés alguno en condenarlo a muerte. En el fondo sabía que ese hombre era inocente. Especialmente cuando después de haberle dicho: "¿Y qué es la verdad?" Pero después barrunta que hay un misterio en ese hombre y le pregunta "¿De dónde eres Tú? ¿Tú de dónde eres?" Y hay una lucha, en el interior del corazón de Pilato, de percibir la luz que tiene tan cerca de él o resistirse a ella. Resistirse a ella. ¿Por qué? Pues porque en el fondo está luchando dentro de él la fidelidad a la luz de Dios o la fuerza de la mundanidad.

Pilato es testigo de lo que puede ser la fuerza de la mundanidad. Y hay un momento clave, cuando le dicen: "Si sueltas a ese no eres amigo del César". Que ahí le han tocado en el punto, en el punto débil. Porque claro, decirle a Pilato: "Si sueltas a ese no eres amigo del César", obviamente le están hablando de su carrera, de su carrera. Mira, estás aquí intentando conseguir un puesto mejor y aquí te lo puedes jugar. En este momento puedes salir de aquí catapultado o puedes ir a galeras. Nosotros cada vez que vemos esta escena, cada vez que celebramos el Vía Crucis de Jesucristo, tenemos que pedirle a Dios la fidelidad a nuestra conciencia, la fidelidad a la luz que Dios nos da en nuestra conciencia. Y entender que no tenemos que preparar nuestra carrera, preparar mi destino, sino que nuestro destino está en manos del Padre. Mi destino está en manos del Padre. Sobre todo pedir la gracia de que el mundo no tenga poder sobre nosotros. Dice Jesús: "Tened valor, yo he vencido al mundo". Se dice fácil esto, se dice fácilmente ya, pero que el mundo no tenga influjo en nosotros, que podamos salir victoriosos en Cristo del influjo de la humanidad, es una gracia, pero es una gracia que tenemos que pedir y es una gracia que para poder pedirla tenemos que tomar conciencia de tantos lazos, que es lo que se ha representado aquí antes de comenzar, pues esta reflexión de cuántos lazos tiene, la mundanidad sobre nosotros.

Sexta escena, la flagelación y la coronación de espinas. Jesús es azotado y los soldados lo humillan colocándole una corona de espinas. Nos conmovió, nos conmovió a muchos, ver la flagelación de la película de Mel Gibson. Pero quizás mucha gente se quedó meramente en la crueldad, en la crueldad insoportable y no llegó a percibir todo lo que se encierra detrás de aquella escena de María recogiendo en paños blancos, hasta la última gota de la sangre derramada por su Hijo en el suelo. No, no fuimos conscientes de que aquella crueldad, aquella crueldad estaba insertada en un plan divino en la que aquella sangre acabaría siendo la fuente de purificación del mundo. Sus heridas nos han curado.

Y hay un inciso, que me parece importante hacer, con respecto a la a la flagelación. La mayor participación que solemos tener nosotros en la Pasión de Jesucristo generalmente, porque obviamente cada historia es distinta y particular, pero generalmente no suele ser la de los sufrimientos físicos, máxime hoy en día que pues que hay tantos calmantes y tantas cosas, ¿sabes? Generalmente la mayor participación que solemos tener en los sufrimientos de Cristo suelen ser los sufrimientos morales. La humillación. La humillación suele ser, sin duda alguna, la mayor participación en nuestra vida del sufrimiento de Jesucristo. De hecho, cuando a Jesús se le corona de espinas, burlándose de él, diciendo: "Este es un rey, le pongo una corona de espinas, esa es una referencia al sufrimiento de la humillación y creo que los seguidores de Jesucristo estamos llamados abrazar con decisión las humillaciones de la vida.

Abrazarnos con decisión, entender que en cada humillación que acontece en nuestra vida, Dios está saliendo a nuestro encuentro, está purificando nuestra alma, nos da una oportunidad para que mi amor propio no sea el centro de mi vida. A reírme de mí mismo, a relativizarme, a decir: "Yo busco la gloria de Dios, no me busco a mí mismo, no busco quedar bien". Bendito Dios, que como yo no soy humilde, de vez en cuando me da humillaciones, porque Dios nos da humillaciones a los que no somos humildes. Así, ya que no eres humilde, voy a hacer una terapia de choque, ¿sabes? Voy a hacer una terapia de choque con las humillaciones que necesitamos también en esta vida.

Séptima escena, el camino al Calvario. Simón de Cirene ayuda a cargar la cruz y Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén. Curiosamente les dice: "No lloréis por mí, llorad por vosotras". Impresionante ese momento. Llorad por vosotras. Es decir, Jesús nos está subrayando, insistiendo la importancia de que la Pasión de Jesucristo nos lleve a llorar nuestros pecados, cosa que por cierto, está muy presente en la encíclica Dilexsit Nos, la importancia de pedir a Dios la gracia de llorar mis pecados, que la Pasión de Jesucristo me arranque la compunción, el verdadero acto de contrición.

Fijaros, estamos ahora en un contexto de Jubileo. La gente habla mucho de ganar el Jubileo, condiciones para la indulgencia plenaria y tal. La verdad es que estoy insistiendo mucho en que yo cuando escucho esas cosas: ¿y qué condiciones? y ¿cuántos días antes o después? puede ser la confesión. Pues tú ves, que cuando la gente te hace esas preguntas dice uno: "Ay, madre mía, madre mía, no sé si esto parece que es como rellenar unos cromos y tengo el álbum completo". Un momento, pero tú pero tú te das cuenta que el aspecto principal y fundamental, para poder ganar una emergencia plenaria es tener una verdadera contrición perfecta en tu corazón, que tú tengas un deseo, un deseo de amor a Dios por encima de todos los apegos de tu vida, que tengas un desprecio verdadero hacia todo el influjo del pecado, incluso del pecado venial en tu vida. Somos conscientes de eso? Porque vamos, estoy convencido de que muchísimas veces cuando queremos ganar una indulgencia plenaria, en realidad estamos ganando una indulgencia parcial. Porque claro, no es tan fácil tener una contrición perfecta. Vamos a ser un poquito realistas. Entonces, este pasaje del Evangelio, no lloréis por mí, llorad por vosotras. Que Dios me dé la gracia de llorar mis pecados. San Ignacio de Loyola dice: "No, pide lágrimas, pide compunción, pide la conciencia de decir: Jesús, infinita es tu misericordia. Experimenta las lágrimas del hijo pródigo que ha vuelto a casa, que ha sido acogido. ¿Cómo repararé todo el bien que no he hecho? Además, cuando uno está agradecido, en seguida tiene deseo de reparar, reparar.

Por eso, en esta séptima escena no únicamente están las palabras que Jesús le dirige a las mujeres de Jerusalén, sino el episodio de Simón de Cirene. ¿Cómo repararé? Ayudando a mi prójimo a llevar su cruz, quitando de mis labios para siempre la expresión esa dé a mí eso no me toca, le toca al otro, que lo lleve el otro. Bíblico. Ya yo creo que un cristiano tiene que quitar de sus labios la expresión de que a mí no me toca. Dios me da la gracia de reparar mis pecados, llorar mis pecados, ayudando a llevar la cruz de los demás. Y así Dios ha querido dice la encíclica Dilexsit Nos que la mejor forma de reparar, es amando al prójimo, entregándote a él plenamente. Así reparas los pecados de tu vida.

Octava escena, la crucifixión y muerte de Jesús. Jesús crucificado pronuncia sus últimas palabras y muere. Sería un buen momento, ¿no?, para hacer la meditación de las siete palabras pronunciadas por Jesús. Obviamente, no podemos hacerlo ahora detenidamente, pero las siete palabras de Jesús deben de ser objeto de profunda reflexión. Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen. Hoy estarás conmigo en el paraíso. Mujer, ahí tienes a tu hijo. Juan, ahí tienes a tu a tu madre. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Tengo sed, todo está consumado. Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu. Cada palabra, pronunciada por Jesús es una perla preciosa de la que tenemos que sacar un don de gracia.

Os voy a compartir pues como uno en la vida siempre vas descubriendo cosas, ¿sabes? Según vas en tu vida pues llevando adelante el ejercicio de la predicación. A veces descubres cosas y voy a os voy a compartir la perla preciosa que he descubierto yo, estas semanas pasadas preparando algunas reflexiones. He descubierto que esa expresión, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Siempre hemos sabido que esa expresión es el inicio del salmo 22, un salmo que comienza con esa expresión de desesperación o aparente desesperación, pero que termina Jesús, Jesús rezó ese salmo en la cruz. Lo rezó entero, obviamente, pero posiblemente su respiración no le permitía rezarlo en voz alta, sino que comenzó e interiormente fue rezándolo. Es un salmo que termina con un acto de confianza. Viva su corazón por siempre, porque todas las generaciones descubrirán el plan y el designio de Dios. O sea, es un salmo que comienza, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Y después de esa lucha interior, de esa lucha interior, termina haciendo ese acto de confianza. Viva su corazón por siempre. Bueno, pues a mí lo que me ha llamado la atención es descubrir que ese salmo que Jesús fue rezando, en su versículo décimo (recordad que Jesús estaba en la cruz y tenía su madre cerca, la tenía delante de él) le dice Jesús al Padre: "Tú eres quien me sacó del vientre. Me tenías confiado en los en los pechos de mi madre". Es decir, Jesús en la oración que hace con el padre se está refiriendo aquí. Aquí está mi madre. Tú me sacaste de su vientre. Me confiaste a sus pechos, a su cuidado. Tú me has cuidado a través de María. La tengo delante de mí. Estoy crucificado. Ella me ha cuidado. Y entonces Jesús le pide al Padre que le cuide, igual que ha sido cuidado por manos de María en ese momento de la prueba. Me parece un versículo impresionante. En ese momento de la prueba Jesús tiene delante a su madre, e invoca el cuidado de su madre.

Lo digo porque una cosa de la que yo he sido testigo bastantes veces es que una persona cuando está en el momento final de su vida muchas veces dice: Mamá. Personas bien adultas, que en el último momento de su vida se acuerdan de su madre, dicen: Mamá, cuando se sienten absolutamente desvalidos. La persona que está agonizando, muchas veces la palabra última es: "Mamá, tú me cuidaste, tú me trajiste al mundo". Fijaros, lo que es Jesús orando al Padre y diciendo: "Tú eres quien me sacó del vientre de María, me tenías confiado en los pechos de mi madre".

Novena escena. El descendimiento y la sepultura. José de Arimatea pide el cuerpo de Jesús y lo sepulta en un sepulcro nuevo. Es importante que recordemos que hubo un día en la historia de la Iglesia en el que todos huyeron y solo María continuó esperando. Ese fue el Sábado Santo, el sábado en el que todo el mundo salió corriendo, en el que solamente había alguien que esperaba. Jesús había preparado a sus discípulos anunciándoles: "El Hijo del Hombre será entregado, pero al tercer día resucitará". Pero es que ese anuncio, que había hecho ante el escándalo del momento de la Pasión, se había olvidado rápidamente y salen todos corriendo. Hubo un día en la historia de la Iglesia en la que en la que la esperanza tenía un nombre y era María. María era la esperanza la que mantenía viva la esperanza.

Entonces tenemos que pedir mucho señores, el don de la fidelidad. Lo que pasa es que la fidelidad nosotros solemos identificarla con ser un tío fuerte, ser un tío fuerte. La fidelidad tenemos el riesgo de ligarla a un cierto voluntarismo. Aquí estoy yo, aunque caigan chuzos, ¿no?, vamos a ser fieles un momento. No es cuestión de voluntarismo, es cuestión de esperanza. Yo espero en Dios y como espero en él, como espero en él, esa es la clave. Es cuestión de la fidelidad, no es cuestión de voluntarismo, es cuestión

de confianza. Por ejemplo, el pasaje ese del Evangelio de aquella anciana que entregó las dos moneditas, ¿os acordáis? Entregó todo lo que tenía. Muchas veces nosotros solemos subrayar. Qué generosidad, qué generosidad. Dio todo lo que tenía. No, no digas qué generosidad, di qué confianza. Confiaba en Dios, ¿sabes? Fíjate detrás de lo que para ti no es lo sorprendente, que hay detrás. En María no es que ella sea una mujer de hierro, ¿sabes? No, es que espera en Dios, es que confía en Dios. Para poder ser fieles tenemos que crecer en confianza en Dios. Yo confío en El. Estoy en sus manos. La religión cristiana sobre todo nos enseña a confiar en el amor. Dios me ama, no voy a confiar en él ? Entonces, esta es la gran enseñanza de María en la Pasión. Yo confío en el amor de Dios. Sé que Dios no va a fallarme.

Y por último, la décima escena, la resurrección del Señor. ¿Y por qué incluyo la resurrección dentro de diez pasajes de la Pasión?, porque se supone que este ya es del siguiente capítulo. Sí, incluimos también a la resurrección del Señor dentro de las diez escenas de la Pasión, entre otras cosas, porque especialmente en el Evangelio de San Juan, la resurrección de Cristo, la gloria de Jesucristo se hace ya presente en su Pasión. Ya en la forma en la que Cristo tiene de morir, se está manifestando la gloria de Dios en plena Pasión. La gloria de Dios se hace presente porque Dios muere. Porque Jesús muere perdonando, muere prometiendo la vida eterna, muere abandonándose en las manos del Padre. Y estas tres cosas, morir perdonando, morir prometiendo la vida eterna y morir haciendo un acto de abandono en el Padre es ya el signo de que la resurrección está presente. Es una muerte gloriosa. Es una muerte gloriosa.

Esto también es una gran enseñanza, ¿sabéis? Porque es muy frecuente en nuestra vida que nosotros estemos esperando a ver cuándo pasa el chaparrón. Estamos bajo un chaparrón y se dice: "A ver cuándo pasa el chaparrón para que salga el sol". Y Jesús nos ha enseñado a no estar esperando a que pase el chaparrón, sino a ver la gloria de Dios en medio de la prueba, a percibir que la gloria de Cristo también está aconteciendo en la en la forma de vivir la prueba. Esto, por ejemplo, seguro que vosotros habéis sido testigos de muchas personas que están en una prueba fortísima por ejemplo, con un grado de discapacidad impresionante, sujetos totalmente a que los demás tienen que hacérselo todo. Están en esa situación y sin embargo viven una paz y con una alegría, que uno dice: "En este, hay como un adelanto de la Gloria, porque no está esperando, no está amargado esperando a que pase este momento, sino que ya ha recibido el anticipo, el anticipo de la Gloria porque vive con paz y alegría este momento. La resurrección se ha adelantado, se ha hecho presente en nuestra vida en la manera y en la forma en la que vivimos la cruz. La cruz es gloriosa. La cruz es gloriosa. Y los cristianos tenemos que familiarizarnos con esa gloria de la cruz de Jesucristo y no hacernos enemigos de la cruz. Porque fijaros, estamos en una en una cultura en la que nos hacemos enemigos de la cruz. ¿Y qué es ser enemigo de la cruz? Bueno, pues resistirnos a cualquier cosa que no sea buscar el éxito, la satisfacción, el camino fácil, huir del camino estrecho. Eso es ser enemigo de la cruz, huir del camino estrecho. Nosotros estamos llamados a ver la gloria de Dios, a ver la gloria de la resurrección ya presente en esta vida.

Dios nos da las arras, nos da las arras y la resurrección es la respuesta del Padre a la ofrenda que Jesús ha hecho de su vida. ¿Qué es la resurrección? Jesús ha ofrecido su vida al Padre por la salvación del mundo y la resurrección es la respuesta que el Padre le da a Jesucristo. Es decir, yo te abrazo, yo acojo tu ofrenda por la redención del

mundo. Y cuando el Padre abraza a Jesús en su resurrección, nos abraza a todos nosotros. El abrazo del Padre a Jesús resucitado incluye en esos brazos anchos del Padre el abrazo a todos y a cada uno de nosotros. Por eso os invito a que a que estas diez escenas, que son como una especie de pasajes claves, pasajes claves de esa Pasión de Jesucristo nos ayuden a entender, a profundizar en ese misterio de Jesucristo. Os animo, nos ponemos de pie y rezamos un Padre Nuestro. Concédenos, Señor, la gracia de vivir intensamente el ejercicio del Santo Vía Crucis que nos disponemos a hacer.

Padre nuestro que estás en el Cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día. Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amén.

Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío. Dulce Corazón de María, se la salvación mía.